Repertorio Americano
CUADERNOS DE CULTURA HISPANA
Vol. XLIX San José, Costa Rica 1957 Abril - Mayo Nº 14
Año Nº 36.— 1177

Homenaje de la Universidad de Montevideo a Gabriela Mistral

UN DISCURSO

de *Carlos SABAT ERCASTY*

(En Rep. Amer.)

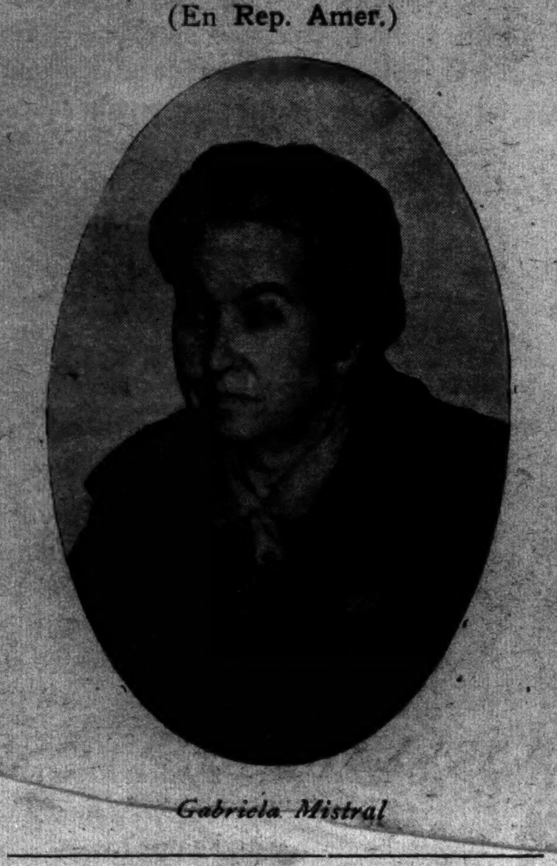
Estimado García Monge: Le remito, por si puede caber en su inolvidable REPERTORIO, este discurso pronunciado por mí en el Salón de Actos de la Universidad de Montevideo, en el acto de homenaje tributado a GABRIELA el día 14 de Febrero con motivo de su llorado fallecimiento, acto que fué presidido por Don Carlos Vaz Ferreira, a sus ochenta y cuatro años de edad. Fué un homenaje emocionante. Un abrazo de C. SABAT ERCASTY.

¿Quién fue esta muerta poderosa, quién es aún, por la supervivencia de sus creaciones, por el árbol de música y llanto, de amor y de fuego que levantó desde su sagrada carne, quién es esta heroína del canto que nos reúne aquí cual una hoguera en la soledad del campo que convocase a todas las almas lejanas para formar en su torno una rueda de espíritus, llegados para beber la luz y el calor? Esta fue una voz, y aún es una voz. Esta fue una herida que sangraba llamas, un cuerpo de la tierra que movía estrellas, una mano que vertía trigo de dioses en los surcos humanos de América, un dolor redimido en el sacrificio de la bondad, una sombra trágica, que por lentas y difíciles purificaciones, levantó la gracia sobre el horror, y fue sembrándose flores a medida que la primavera se le iba haciendo otoño.

Una voz alta, una voz sublime de tenaces catarsis, una voz, que sin negar el limo de sus oscuros orígenes, por un angélico movimiento ascensional, culmina en un toque de astros, para luego verterse, triturados todos los egoísmos, sobre el desamparo de las almas. Y una voz así es siempre un mensaje, el verbo de un elegido.

Tal, señores, la voz de Gabriela Mistral.

Hay en ella una derechura de ejemplo, un tránsito hacia arriba que va agitando los horizontes. Y esa voz fue sangre, se formó en el drama de una vida dolorosa, fue golpeada como bronce y hierro en los yunques del ser. Fue un dón, una dádiva de la naturaleza. Se incrustó en el vientre de la madre. Trajo la gracia de la espontaneidad, la emanación de las fuentes, madres de ríos, y la



Gabriela Mistral

insistencia y el ritmo de las olas, arquitectas de océanos. Mas ella, Gabriela Mistral, la dueña imperiosa de esa voz, le reforzó los timbres, le ahuecó y extendió los ecos hacia adentro, en los pulsos del corazón, le trabajó la vida, la empapó en la vida, la obligó a los tonos más auténticos de la sinceridad, la quemó en crisoles de amor, la hizo crecer con su propio crecimiento, como se hace más ancha la sombra de un árbol a medida que el tronco se irgue y las ramas se abren conquistando espacio. No la sutilizó hasta el arpegiado arabesco, ni la alambicó en los refinamientos del artificio, ni le vendó las palabras sangrientas para disimularles el ímpetu, ni la limó pulcramente hasta nevar sobre el fuego, ni le afelpó el rugido, ni le eligió los pétalos más delicados, dejando que el cardo fuera cardo y el espino fuera espino, con tanto derecho como la rosa es rosa y azucena la azucena.

Bien pudo decir Gabriela como dijo Darío de sí mismo en su mejor momento: "Si hay un alma sincera, esa es la mía". De ahí la sangre que mencioné, de ahí la sangre que para el artista expresó la poeta chilena, como si recogiese en su rojo pecho las afirmaciones de Carlyle y Nietzsche, cuando el primero, hablando del poeta de la Divina Comedia, expresaba: "Su libro, como por lo demás lo son todos los buenos libros, fue escrito, en muchos sentidos, con sangre de su propio corazón". Y en cuánto al segundo, al tremendo vate de Zaratustra, manifestaba en uno de sus cantos: "De todo lo escrito no me gusta más que lo que uno escribe con la sangre. Escribe con la sangre, y aprenderás que la sangre es espíritu". Y Gabriela cierra con su afirmación este triángulo vitalista de un arte que se da emanando sangre, cuando, como si se definiera a sí misma, exclama: "Una canción es una herida de amor que nos abrieron las cosas", o, con otras palabras, "darás tu obra como se da un hijo, restando sangre de tu corazón". No, restando alma del alma; no, restando luz de la frente; no restando estremecimientos de los nervios; no, lo que exige Gabriela es mucho más vital. Tiene el rojo y purpúreo del licor de la vida: la sangre! Y es que la boca sola miente, el cerebro se enfría y palidecen las ideas en la dialéctica, las sensaciones se abisman en el error o en la apariencia; mas la sangre sólo puede decir la verdad! Es la vida misma, que sólo se detiene y deja de ser vida, para sumergirse en la muerte, cuando la sangre deja de serlo porque también se detiene.

¿De dónde provino ese vitalismo estético de Gabriela? Por de pronto, su rasgo predominante, el que da fuego y emoción a su carácter, es la intensidad. No algo aprendido, no algo escuchado de ningún labio, no algo que trasmitan libros y maestros. No. La intensidad viene con la sangre misma. Está trenzada a las médulas y anudada a los músculos. Es como una energía tensa añadida a la voluntad vital. Entre mil rocas, hay siempre una de mayor cohesión y de mayor resistencia. Entre mil estrellas, hay siempre una más brilladora y deslumbrante. Entre mil olas, hay siempre

una que se levanta con un erguimiento que sobrepasa a todas las otras. Y en los hombres, la tensión espiritual y física se da lo mismo. Se hace en el que la posee al máximo, como por un destino más fuerte o un azar más llameante. Es natural que este linaje de seres choque y casi escandalice a los seres pálidos, disminuidos, cuyos arcos vitales no son elásticos ni vigorosos, y cuyos dardos ni están encendidos, ni cubren temerarias distancias. Hay quienes no se contradicen nunca, porque jamás se polarizan en una actitud, dialéctica manejada por enconados opuestos. Hay quienes no brasfeman, no por dueños de fe mayor sino por más cobardía y timidez en el estallido humano de una fe polémica. No así Gabriela en sus choques dramáticos como cuando se enfrenta a su Dios a rogar por el suicida a quien amó hasta el delirio, por el suicida ansiado, que extirpó en sí mismo la obra del Creador negándolo con su propia muerte. Y Gabriela blasfema, Job en mujer, cuando sufre la vida como tragedia, cuando pone la pasión sobre la resignación. Está sobre ella la mirada de Dios, la siente la sufre tal vez; es una luz y una orden luminosa que le debe enlazar el destino para someterla, pero ella no se niega a sus sombras, y se aprieta a ellas como si las amara por ser suyas y por haberse desprendido de su dolor desgarrado. Así habla la sangre, así habla la sinceridad así habla el ser intenso, así cree a su modo, como en un desafío a las potencias del misterio, y así también su fe es más grande que las fáciles santidades de los que casi no viven por no atreverse con el drama contradictorio, paradojal y absurdo que es la vida, donde a veces el caos titánico, pero de honda verdad está asaltando el orden sublime que desciende las alturas.

Había en Gabriela una desigualdad de sangres que acaso provocó una desigualdad de impulsos. Pero ambas sangres eran sangres de cordillera. Una, pirenaica, férrea, voluntariosa, tensa e implacable en el designio, capaz de la aventura hasta rodear el planeta o atravesar las selvas del Nuevo Mundo, árbol tras árbol, río tras río, montaña tras montaña, la cruz en la mano, la espada al cinto, clavando como lanzas nombres hispánicos sobre los nombres indígenas. La otra, como ella misma lo dijera, sangre quechua, tostada por mil soles de América, vencida hacia afuera, pero invencible hacia adentro, donde el indio lleva tras los siglos de la conquista el tácito enigma de su propio ser, como un tesoro que jamás será entregado. En ese bronce vivo hierve un alma primaria, sencilla tal vez, pero con profundidades que se abrazan a la naturaleza que se identifican con lo telúrico, que se definen con el color planetario y con la sonoridad de la montaña y del río. Ningún paso tan hondo como el paso del indio sobre la tierra, y ese era el enigma de la marcha arcana de Gabriela, que yo seguí, curiosamente, cuando recorrí con ella algunos de los alrededores de Montevideo.

Poned esa ambivalencia espiritual, lograda con dos afirmaciones tan enérgicas del carácter, ante la naturaleza chilena; colocadla ante el vértigo de la cordillera, en la comba sombreada y verde de los valles, en la dentada crispación de las costas oceánicas; levantad, sobre la trinidad cósmica de ese paisaje, un cielo puro, de infinito ahondamiento, de un azul metálico; rodead las montañas por las catedrales de las nubes, a veces fijas como árboles, a veces rozando veloces la nieve, la roca y las arboledas de las alturas; haced descender desde los montes ríos de delirio, ríos de avance agónico que abren paso a sus aguas entre los titanes de piedra que los mismos caudales arrancan de sus costados pétreos; erigid en el océano las olas de enormes pechos que acuestan una plata única en los arenales, o crepitan cristales repentinos en los peñascos... y entonces comprenderéis el tono de los poemas de Gabriela. Ella es a la vez el espejo lúcido y acústico de esa prodigalidad geológica. Bebe las nubes, imprime montañas en los talleres de la imaginación, los ríos próceres le dibujan los nervios, la cordillera la levanta hasta su nieve, y como arcos de la tierra, sus curvas la proyectan hasta el cielo; ve los rayos carbonizando el dorso de las rocas o incendiando selvas en los hombros de los cerros, recibe en las pupilas azoradas el golpe azul de las olas; ve desmoronarse el peñasco desarraigado de sus cimientos; contempla cárdenos o purpúreos ocasos mientras la última sangre del sol se derrama por las neveras. Y hacia abajo en lo invisible, hay una voluntad plutónica que de pronto hace vibrar la piel de la tierra, como si un sufrimiento la estremeciese. Y Gabriela es eso mismo trasmutado en espíritu, es todo ese drama grabado en sus entrañas humanas. La grandeza y el patetismo de tales signos forman su propia grandeza y su propio patetismo. Y es así, porque su sensibilidad es abierta y porosa, y la impregnación de ese paisaje único, modela su carácter y se precipita en su voz trasmitiéndole a su canto esa asperidad de desgarramiento, que a veces, en la reconditez femenina de su alma, como por vencimiento y contraste, da la flor delicada la miel y la ternura, el amor delicioso y fino, a modo de un desquite, porque también allí hay miel, irrumpe la rosa en toda su gracia, y la mínima hierba abre menudas florecillas que los pájaros rozan con su plumaje.

Había en el ser físico de Gabriela Mistral un vigor que sólo se atenuaba al pasar por él una virtud amorosa que en ella era permanente. La frente se le arqueaba sobre el rostro en una curva perfecta, limpia de luz a pesar de las tempestades que por momentos la recorrían. Por encima de la frente, un cabellera de abismo, semiondulada, vigilando, henchida de misterio, la aguda luz de los ojos, altos y nobles, bajo las alas de cóndor de sus cejas. La nariz aquilina aproaba las extendidas mejillas de tostado color, cual si siempre viajase en busca de los aromas más sencillos y humildes de los campos. Los dientes unidos, dibujados a cincel, en el rojo borde de las encías. La boca grande, delineada sin miedo, donde cupieron todas las expresiones y donde vibran a fuego todas las palabras de nuestro idioma, desde las aldeanas, a ras de la tierra, a las místicas, a ras del cielo, desde las que se hunden en la miel, hasta las que se sumergen en la sal de la sangre sobre la amargura de las heridas. El mentón, a dos líneas y a dos planos. Entrando desde el labio hasta el hueso, hacia abajo, y subiendo con energía en el guijarro de la voluntad, donde se extrema el rostro.

A veces inclinaba el cuello, como quien escuchase las voces que vienen desde abajo, donde se abisma le ceniza de la muerte y donde se levantan los jugos de la vida. No es que la cabeza pesara con peso de roca, sino que tenía la costumbre de la meditación, y tal vez un hábito de humildad con el que desmentía un no ausente orgullo. Una cosa de espíritu indecible se irradiaba de sus gestos, una parsimonia ungida de profundidad, una ternura que no velaba la energía, una sencillez que era como una flor inclinada desde un poder que se humilla, sólo por no herir, por no ostentar una grandeza negada a tantos seres, para los cuales su corazón era una ciudad piadosa.

El cuerpo era la digna columna de aquella testa soberana. Alto, de abierto contorno, trazada en madera de cedro que no en duro granito, cubierto de largos ropajes en donde la sobriedad del color denotaba la seriedad y la honradez del gusto. Tenía el reposo del silencio una majestad movida de bondades, como si toda su estatura fuese el vaso de su corazón, y éste mismo lo hubiera labrado para caber el él con su íntima y madura generosidad. Movíase como un

mar que no está quieto ni agitado; movíase, la enttada en años, como esas palmeras levemente rozadas por la brisa con un pausado estilo que acusaba el más entrañable adueñamiento de sí misma, en modos de los anchos ríos ya entrados en las llanuras, graves y magníficos, pero a la vez sonriendo en las mínimas olas que ponen un nervio fino sobre la pausada fluidez y el ancho impulso. Y hablaba siempre en habla humana, mojando las palabras en un óleo de fervor, más cerca del alma que del oído, con voz que disminuía la música sin poder evitar la gracia de la melodía interior.

Tal la Gabriela que yo vi y contemplé en tres ocasiones, en tres edades, pero con una continuidad fundamental de la imagen, que se avenía y armonizaba, sobre los cambios del tiempo vivido, con la firmeza y la energía con que son trazados los grandes seres.

Se diría que los temas de Gabriela van a su encuentro, la buscan para crearse en ella. No hay por su parte una persecución, una cacería de motivos, sino una colisión, un choque, una sonoridad inevitable, y una mano casi inconsciente que los traslada, pulsantes, a la perennidad de las letras. La realidad exterior se le impone en cuanto rompe la soledad interior y ausculta la pródiga madre tierra. Arboles, montañas, ríos, ciudades y campos, cordilleras, vientos, olas, animales múltiples, niños, jóvenes, viejos, países, cielos, nubes, más los conflictos, más los episodios, todo cuanto existe u ocurre golpea en su alma diciéndole: —¡cántame!— Pero como su amor y su impulso son universales, se vierte a la vez en ellos, y crea el gran acorde en una fusión de melodías que le llegan del mundo y la invaden por mil puertas sensibles, y de inmediato la fluye y las integra a su íntima musicalidad como si siempre tuviese una nota suya para cada sonido del día y de la noche. El poeta es una expresión de todo lo que la humanidad vive, aunque permanezca inmanifestado bajo los velos del silencio. Desde ese punto de vista, la naturaleza es un paradojal canto mudo, una armonía esencializada que no puede brotar de su esfinge hasta que golpea en el pecho del poeta, y es entonces que éste le da su voz a lo inaudito. Pero el poeta no es un receptor indiferente y mucho menos en el caso de Gabriela Mistral, cuyo ser entero es una integridad y una participación. Cuanto más lírico, cuanto más personal y entrañable es el creador del canto, más cobra su parte al divino y a veces doloroso trabajo del poema, y sobre los temas universales de por sí indiferenciados, hunde el sello de su personalidad, se pone él mismo, en bronce rojo, sobre la identidad de cada elemento que lo invade y le suscita la emoción. El hombre y más el artista, es carácter, invidualidad, soledad profunda. Todo cuanto toca se hace él, cosa de él. Cada poeta posee una tierra y un cielo suyos, aunque se trate del cielo y de la tierra de todos. Y en esta imperiosa posesión, en este realce de la personalidad, en esta identificación de lo objetivo y lo subjetivo, radica el poderío y el señoreo de Gabriela Mistral. Vela sobre el torrente del universo que le penetra los sentidos, y a medida que el torrente la penetra con una apasionada nupcialidad, ella lo trasmuta, lo arranca del lecho homogéneo, lo impregna de su sangre y le trasmite sus propias coloraciones y sus arcanas sonoridades. Y ese canto estará infinitamente grabrielizado, impregnado de sus ácidos mordentes y de sus mieles ambrosianas.

Todo poeta de verdad se realiza a sí mismo en su obra. En grado mayor o menos, en una tensa plenitud o en una extasiada delicadeza, sus formas interiores y sus esencias entrañables, pasan del dinamismo espiritual a las cavidades espirituales de la palabra, y éstas se organizan en belleza, a la manera que la savia fluída crea el tronco. la rama, la flor, el fruto. En Gabriela, como en pocos poetas, es imposible desunir el poeta de la mujer, y este potencial humano le concede un dominio de simpatía en quien la lee y la recibe en la marejada de sus versos. Poeta y mujer están en haz como el nervio y la vibración, como la sangre y el ritmo del pulso. En el roble todo es savia, porque ella es su alimento. En Gabriela todo es vida y verbo vital, porque se alimenta a sí misma, y de ahí la sinceridad que llega a desgarrarnos en sus momentos trágicos, y esa plenitud flamígera de sus momentos de afirmación y entusiasmo. ¿Cuántas veces recurre en sus cantos, para enfrentarnos a su creación, a la palabra "herida"? Y es que la herida, al dar paso a la sangre, es un vertimiento de vitalidad, es lo más íntimo de la existencia orgánica que se manifiesta en una fuente roja y cálida. Fuego interior que se desborda hacia el mundo!

Tal vez por haber tomado, como en inocencia sublime, esa lírica emanación de sí misma y trasmutarla en canto, ni siquiera se preocupó de publicar por sí misma sus libros. "Desolación" le fue exigida desde los Estados Unidos a fin de editar su primer volumen de poemas y algo semejante le ocurrió con "Tala" En ella había siempre una gracia natural, un modo de generosidad y desprendimiento que sólo lo tiene la tierra creadora. Como si dijéramos, el dón de verterse por el disfrute y el imperativo de ese mismo dón. Un desapego que no la esclavizaba del egoísmo ni de la egolatría, que a veces inferiorizan la riqueza del artista. Ella podría preguntarse: y a fin de cuentas, ¿dónde están impresos los cantos del mar, en que pentagramas consignan sus notas la sinfonía de la selva, dónde leer, sino junto a la catarata misma, su colosal monólogo? Y sin embargo, selva, catarata, mar, jamás callan y cumplen, sin orgullo ni ostentación sus sonoros destinos.. Y así fue la santidad poética de Gabriela.

Digamos ahora, por otra parte, que la fe es una para cada creyente, pero en cambio, el espíritu universalmente reli-

gioso, el sentido religioso de la vida toda, amplía su emoción profunda y el temblor y el contacto sagrados del espíritu, actúa conmovido ante los aspectos graves y amorosos de la humanidad Hombre soy, y nada humano me es indiferente, decía el poeta latino, y bien pudo ser ésta la divisa de Gabriela Mistral. Y esa misma divisa la podía extender a todo lo animado y lo inanimado como virtud de su participación unánime.

Así fue Gabriela, en todo y para todo, con sus raíces echadas hacia adentro y hacia afuera, en devoción sobre todo lo próximo y lo lejano, como en un ansia de mayor capacidad vital y de irradiación más totalizada, de manera que su órbita de actividad no se clausurase nunca, noblemente codiciosa de llevar su amor y su canto hasta un límite que fuese nada más que un movimiento de amplitud y de ascensión. Ella misma se crea esa dinámica. Su drama, arrancado de la pasión del dolor y de la muerte no fue rígido ni permaneció amurallado en oscura prisión inviolable. Fue un drama moral que se proyectó en un desenvolvimiento estético. Tuvo su horror, su depuración y su liberación, es decir, como en toda victoria del ser espiritual, tuvo su infierno, su purgatorio y su paraíso. Aunque con mezclas y contradicciones, que lo hacen más humano todavía, las tres etapas de su drama moral están signadas en "Desolación", "Tala" y "Lagar".

A medida que, como en una iniciación antigua, su movimiento ascensional le va entregando las claves secretas, ella misma va superponiendo planos espirituales de iluminación a su propio ser para lograr el vencimiento de toda oscuridad de la materia, y apoderarse de los resplandores ocultos. Con vigor y llamas destroza las cadenas del egoísmo y se desborda de sus límites, y logra la virtud alada de ascender, para plegarse amorosamente, de inmediato, a la hermandad de todas las tierras y de todas las vidas. Con ese estilo irreprochable fue un ser que se creó a sí mismo, pero fue a la vez un mundo en toda la realidad de un mundo. Sus tres grandes cantos son un ensimismamiento y un vertimiento. Se ensimismaba para enriquecerse y se vertía para despojarse, maravillosa de amor y de solidaridad, para no apegarse a ningún egoísmo, a ninguna de las mil codicias del egoísmo, que por mil caminos comprometen la limpieza de la liberación. ¿Qué podía quedar fuera del canto, si ella entera fue una donación de sí misma? ¿Dónde no alcanzó su dádiva? Por eso su poesía funde en un solo haz lo estético y lo ético, sin que la belleza quede desmedrada, y su presencia creadora adquiría la jerarquía de una sacerdotisa de la humana religión, llena Gabriela de Cristo, porque esa fue la fe elegida, pero esa fe se multiplicó en una variedad innumerable, en un retorno permanente a lo visual y tangible, en un maravillamiento de su planeta amado, en un mundo que ya no es su enemigo ni la trampa de los pecados, sino un prodigio actuante, como si por una influencia ancestral, coexistiesen en su alma la fe del Crucificado y la fe del Padre Sol y la Madre Tierra. Y así, América, su América, su América entrañable, se totalizó en ella por la fusión y abrazamiento de dos tradiciones.

Cierta vez, señores, viajando por Chile, recorrí, en empinado esfuerzo, el cauce de un torrente de la cordillera andina, lo que los chilenos llaman el Cajón del Maipo. Desde tan lejos en el tiempo y en el espacio, se me hace difícil ahora describir aquel desgarramiento del paisaje. El río baja desde las nieves arando montañas. Sus aguas, a medida que descienden, cobran volumen y brío, y enloquecen sus cuadrigas azules en una carrera loca. Hierven siempre, con una cólera de leones. Enormes piedras, enteras rocas, en un laberinto de destrozada geología, obstaculizan la marcha fluvial, como en una intención rencorosa. No se sabe si aquel torrente goza o sufre. El cauce se hunde como un tajo gigantesco. Es una profundidad recorrida por una arteria criptante. Se diría que el agua polemiza con la piedra, y que ésta quisiera encadenarla, envidiosa de su libertad, e impedirle su fuga y obstruirle su victoria. Y entonces la herida de la cordillera se va haciendo más profunda, y entre las empinadas barrancas sobre el caudal torrencial, como otro río corre el caudal del trueno. Por fin el agua llega al ancho valle, se ensancha más que nunca, se distiende en voluptuoso descanso, alarga brazos azules a los costados, riega las tierras, las fertiliza, las verdece, les prodiga copiosas savias, vuelca riqueza sobre los pueblos. Tras esta poderosa maternidad, ya al fin de su curso, curvando sus márgenes en un glorioso ensanchamiento, muere en el cauce y vive en el océano. Es una muerte magnífica.

Así se me representan la vida y la muerte de Gabriela Mistral, alegorizada en su propia tierra. Así se me representa su corriente espiritual, su ímpetu logrado desde las alturas, su lucha por la purificación y por la expresión, su batalla con los instintos y las pasiones, su catarsis sublime, su caudal, su fertilidad, su verdor generoso, su fruto incontable, su lección heroica, y su fin en el mar pacífico de su muerte. Helos ahí, ella, chilena y el Maipo chileno, en una identidad plástica, reveladora tanto del uno como de la otra.

Ahora es necesario subir en piedra el cuerpo de aquella mujer, eternizar a la poeta en un bloque de la Madre Tierra. ¿Dónde labrarla a Gabriela? ¿Dónde arrancarla al mar pacífico de la muerte y restituirla, por vivencia del arte, a la forma viva? ¿Cómo eternizar su imagen? ¿Pero no está ahí, junto Santiago la cordillera misma, como un grito de rocas, cuyas puntas horadan el cielo? ¿No hay una peña al costado del Maipo que ya la somboliza por su energía, por

línea de vida de [illegible] geológico, por sus aristas mordidas por el rayo? ¿No la acompañará el río hermano, como a nosotros nos acompaña el torrente de sus cantos? ¿No volarán cóndores sobre la piedra violenta? ¿No la envolverán las dulces nieblas de la mañana y el oro espiritual de los crepúsculos? ¿No será creada por el sol de los mediodías y por todos los vientos de las estaciones? ¿No vendrán en invierno las nubes a llorar sobre las arrugas del peñasco, como si se abrieran en amor, húmedas de ternura como las entrañas de Gabriela? ¿No la asistirá la noche, no besará con estrellas su frente, su pecho, sus rodillas piadosas, sus pies andariegos?

Ahí, en esa roca, sobre la falda de los Andes, junto a los órganos sinfónicos del Maipo, ahí debe ser esculpida, peña del ejemplo, sin arrancar el bloque, enraizado éste en el monte mismo y formando así parte de él; ahí la cabeza de música, el corazón de amor, el cuerpo de mujer absoluta, de hija, de madre, de hermana, de amiga, de maestra, de poeta. ¡Hacedlo, hermanos de Chile! ¡Hacedlo ahí mismo, en el plasma rudo y apasionado de la naturaleza! Desde el aula máxima de la Universidad de Montevideo, yo levanto este ruego por mí y por todos los uruguayos. Hacedla allí en la piedra de la patria, en la roca de América. Yo mismo y todos y todos los que la queremos en sencillez de amor podremos ir a contemplarla erguida en la eternidad, viva en piedra como en fervor de hombres; ir para rogarle al misterio la más pura paz para aquella mujer que fue un paradigma de las mujeres de América.

Parecería que hay algo que escucha siempre el llamado de los vivos por los muertos. Seamos o no escuchados, yo que jamás he podido evadirme de mi esfinge, confieso que hay una sublime dignidad en esa oblación. Es un modo de restituir a los que fueron, un modo misterioso, secretísimo, de arrancar a lo desconocido una parte de nuestro amor. ¡Señores, que alguna vez pueda ir hasta esa roca de Chile, y sentir, como en sueños, que Gabriela vive sobre la muerte como vive en este instante en los metales de mi memoria!

Montevideo, 14 de febrero de 1957.

Paz, Gabriela Mistral

Por *Arturo CAPDEVILA*

(En *La Prensa* de Bs-Aires.)

"En los últimos tiempos Gabriela tenía alucinaciones... Veía fantasmas... He dejado a Gabriela dormida, ya seguramente para siempre... En la noche (de Reyes) ha comenzado a nevar. Y ahora sigue nevando. Hace algunos días se sentó un viejo al borde de su cama y hablaron varias horas como dos poetas cristianos. El era Jacques Maritain".

Germán Arciniegas: **"Una luz que se apaga". "La Prensa" del 16 de enero de 1957).**

¡Dios grande! ¿Y sucedía de esa suerte
con tu alma iluminada,
con tu alma grande y buena, limpia y pura,
con tu alma azul como mañana clara?
¿Y venían fantasmas a buscarte,
fantasmas que rondaban
siete días, y más tal vez, en torno
de tu barrio, tu calle y tu morada?
Mas tu frustrado amante ¿él no venía
desde el misterio de sus lontananzas:
el muerto tuyo que te hundió en la noche
con tus desolaciones, Gabriela, desolada?...
Ese era el rey, sin duda, ése el caudillo
de tus apariciones visionarias.
Dulce fidelidad para el ausente
por tierra, cielo y mar te acompañaba,
y llorándole mucho, le citaste
para soñar sobre una misma almohada.

Después los años y tus altos triunfos.
Y, de pronto, las noches señaladas.

Pisaba nieve como un oso enero
por Nueva York, la urbe sobrehumana.
Y acaso tú, Gabriela,
sabiendo que nevaba,
en tus Andes pensaste, siempre blancos
de nieve, y en rincones de tu patria,
mientras decían todos:
Enero es como un oso en la nevada.
Y este oso se paró frente a las puertas
de tu hospital para suprema danza,
entre el son del pandero de la muerte
y los capullos de la nieve santa.

Entonces Maritain llegó a tu lecho
como un obispo de marchita estampa,
como maestro del divino idioma
que más allá de la frontera se habla.
Cuando le viste entrar ¿qué le dijiste?
Acaso, acaso nada;
pero alcanzaste a ver que te traía
montón de florecillas franciscanas.
Después quedó contigo, al lado tuyo,
quizás tu mano entre sus manos dada.
Hablaba, hablaba, y tú gozar podías,
porque en su verbo se transparentaba
su católica fe, jardín de lirios,
en la profundidad de su alma sabia.
¡Todo para tus últimas,
para tus últimas ventanas!

Y nada más. Un nombre,
gloria del continente y de la raza.
Un nombre que no muere.
Una luz. En la luz, eterna, una alma.
Y otra vez el amante silencioso
que te llevó la muerte una mañana:
el mismo de la cita
para soñar sobre una misma almohada.

¿Y nada más? América
en tu loor sus cánticos levanta,
Gabriela sola del hermoso viaje
para grandes mensajes de esperanza;
mensajes dichos contra el viento, a veces,
de la historia del mundo hecha borrasca.

Chile te dió la luz de sus caminos,
pero también, con sombra milenaria,
extrañas cosas de la cordillera
por sus dioses de ayer aconsejada.
Por eso tú tenías, nadie sabe
qué soledad de maga,
qué silencio de gran sacerdotisa,
qué inexorable fe de ensimismada
y sepultos recuerdos parecidos
a los que sólo las cavernas guardan.

Y subiste, subiste por los Andes
sencilla y temeraria,
brindando a niño y piedra, a viento y cóndor
madre siempre, la miel de tu enseñanza,
hasta que fue tu vida toda
como una blanca escuela en la montaña.

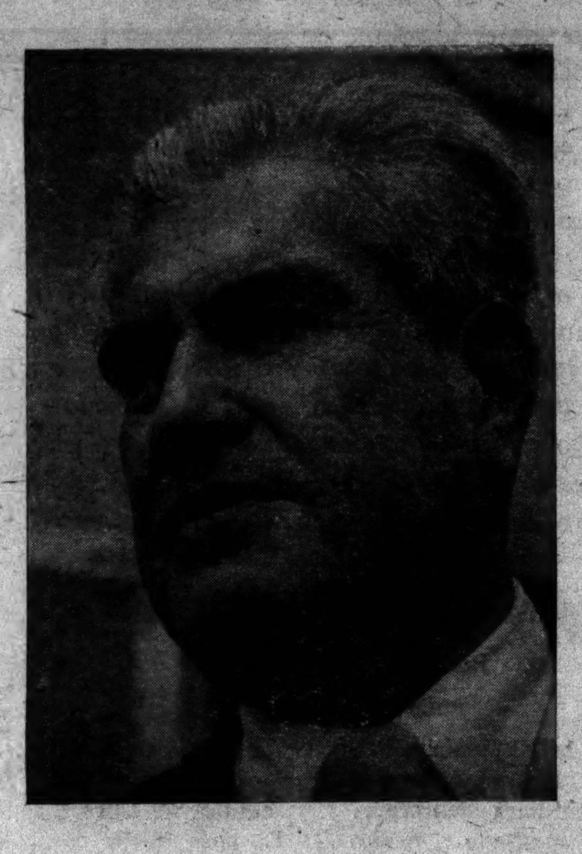
En honra a Gabriela,
de amores capitana,
todos alzamos tu bandera, Chile,
con su valiente estrella solitaria.

Conversación con Manuel Rojas

Por *Hugo LINDO*

(En Rep. Amer.)

Un jurado, compuesto por el Rector de la Universidad de Chile, don Juan Gómez Millas, el poeta Carlos Préndez Saldías y el crítico literario Ricardo Latcham, acaba de discernir a Manuel Rojar el Premio Nacional de Literatura correspondiente a 1957. Esta es la noticia. Ayer mismo, fecha del fallo, diéronla a conocer en Santiago los diarios vespertinos. Este año, la pertinencia de lo resuelto no suscitará discusiones, como ha ocurrido otras veces. La única objeción que podría hacer algún descontento —si lo hay— es tan pequeña que ni siquiera vale la pena mencionarla: es la de que Manuel Rojas no nació en Chile, sino en la ciudad de Buenos Aires, el 8 de enero de 1896. En consecuencia, tiene bien repicados, los sesenta. Mas, si es cierto que nació en la capital Argentina, también lo es que sus progenitores eran ambos chilenos de pura cepa. Y que él mismo ha desarrollado en Chile, como chileno, la totalidad de su obra literaria. Nada impide, pues, se le otorgue el premio nacional.



Manuel Rojas (1957)

Este premio, como es sabido, no se discierne por un solo libro, por excelente que sea, sino, más bien, por la dedicación de una vida entera al cultivo de las letras. La vida de Manuel Rojas llena este requisito. Ha sido, incluso, una consagración a las letras realizada a contrapeló, batallando contra mil adversidades y triunfando tesoneramente frente a ellas.

Aquí entre mis papeles, descubro ahora los apuntes de una entrevista que le hiciera hacia el mes de mayo del año pasado y que, por estar entregado a otros quehaceres, no había presentado aún "Hoy es el momento", me digo. Y en ella el propio Manuel Rojas hace un recuento de sus viscisitudes:

—...En Buenos Aires estuve hasta los cuatro años. Me vine a Chile con mis padres. Mi padré murió aquí, y quedé solo con mi madre, que tenía por entonces una especie de almacén, por allí por el barrio del Parque Cousiño. Ella me llevó a Buenos Aires con el ánimo de educarme allá. Estimaba que la educación argentina era superior a la chilena, y allá estudié, creo que hasta los 12 o 13 años. Hacia esa época, una grave crisis económica familiar, me llevó al trabajo en unos talleres del ferrocarril central, durante unos tres o cuatro meses. Después nos vinimos a Mendoza, en donde hice de peón y de vendimiador, para entrar luego en una oficina que se dedicaba a instalaciones eléctricas. Posteriormente, me fuí a trabajar a la cordillera, ya como peón, ya como ayudante de carpintero, hasta principios del año 11... Regresé a Mendoza. Volví a Chile. Tenía entonces dieséis años. Estuve en Chile desde el año 12 hasta el 21, en que regresé a la Argentina como consueta de una compañía de teatro. Me quedé allá en Buenos Aires trabajando como linotipista, un oficio que había aprendido en Chile. Tuve una señora con quien viví cerca de tres años, y fue entonces cuando empecé a escribir cuentos. Porque yo, hasta ese momento, había sido simplemente poeta... ¿Le interesaría saber cómo empecé a escribir cuentos?

—¡Evidente!... Fue su punto de partida hacia la novela, ¿no?

—Mi punto de partida. Yo estaba en malas condiciones. Me había quedado con una señora y no tenía trabajo. Vagando un día por Buenos Aires en busca de ocupación, ví en un diario que se titulaba "La Montaña", un aviso en que se llamaba a un concurso de cuentos ofreciendo premios de doscientos, de quinientos nacionales... Yo no recuerdo, pero eran sumas que en esa época me parecían muy apetecibles... Pensé entonces en que yo debería escribir un cuento... porque era necesario escribir un cuento. Como yo había tenido una vida muy accidentada...

Total: ganó un segundo premio. En otro certamen de la época, volvió a ganar un segundo premio. Ya estaba lanzado en la narración, con un trasfondo vital de experiencia y de dolor, que él se solaza en poner de relieve.

—Algunas veces me han preguntado: "¿por qué empezó a escribir cuentos?", creyendo que yo lo hice por afán idealista o espiritual... Y he tenido que defraudar a la gente, porque la verdad es que lo hice para ganarme algunos pesos.

—¿Y de ahí a la novela?... ¿No sabía la existencia en Ud. de posibilidades de novelista?...

—No: no tenía idea de que podía llegar a ser novelista. Lo que pasa es que después de publicar **Hijo de Ladrón,** algunas personas que han estudiado el libro, mis otras obras, mis cuentos, han descubierto que **Hijo de Ladrón** es el resumen de muchos de mis relatos breves. Hay allí muchas experiencias parecidas... O sea que **Hijo de Ladrón** vendría a ser como la ampliación organizada de algunos de mis cuentos. No aparecen los mismos personajes, pero, en fin, aparecen las mismas sensaciones, o hechos parecidos a los que ya había narrado...

Esto nos trae como de la mano a hablar del problema de la creación artística y de los métodos individuales de trabajo. Hago una pregunta que él me contesta vagamente, y, no satisfecho con su respuesta, la puntualizó un poco más:

—Digo: en la creación orgánica de su argumento, ¿cómo trabaja Ud.? ¿Usted prevé el argumento completo de su novela?

Baja la recia y canosa cabeza, como meditando, y pasados unos segundos dice:

—No. Nunca. Yo parto generalmente de una experiencia mía o ajena, que tenga alguna relación emotiva, intelectual fisiológica o sicológica conmigo. Es decir, que tenga algo que ver conmigo. Porque hay experiencias humanas que no tienen nada que ver conmigo, y entonces no me interesan. Generalmente hice eso en los cuentos y eso hago en las novelas: en los cuentos, esa experiencia está desarrollada tal como se vivió, agregándole algunos detalles que sirven para equilibrar el total; en las novelas hay más bien una línea, podríamos decir, una

línea de vida de algunos años, en que se desarrolla una experiencia cualquiera —la vida de una persona—. Una especie de viaje al través del mundo... Ese es mi punto de partida. No tengo yo plan. No tengo una concepción absoluta. No veo yo una mitad ni un final, y empiezo de la manera que mi subconsciente me dicta que puede ser el principio...

—¿No se plantea una tesis?

—No sé exactamente lo que es una tesis. Oigo hablar mucho de tesis: supongo que una tesis es el planteamiento de alguna idea... No siento eso... No me interesa eso... Porque lo mío es una experiencia vital, y una experiencia vital no tiene esquema de ninguna clase: no es más que un trozo de vida, un viaje que ha hecho un individuo, por la tierra y el tiempo, por su ciudad o por su propio panorama afectivo... Cuanto a las simples incidencias, ellas aparecen en el momento en que estoy escribiendo y no antes. Vienen atraídas por la simpatía de los acontecimientos, por el magnetismo de los hechos.

Me refiere que prepara una novela sobre su propia vida amorosa. Se le ocurrió hace unos años, mientras viajaba por el Caribe, y lleva cerca de doscientas páginas escritas. Pero la obra no tiene título aún. Ni siquiera provisional. Al preguntarle por su novelas, solamente cita dos: **Lanchas en la Bahía**, e **Hijo de ladrón** Llama "ensayos" a lo escrito en el intermedio. No toma en cuenta **El hombre de los ojos azules**, novela corta que le abrió las puertas del género, delatando una originalidad vigorosa, decidida. E insiste en que ambas son producto de la experiencia. Recalca esta última palabra a cada instante. Es su clave. Su razón de ser en la literatura. Por eso todo lo suyo tiene ese calor de humanidad. De una humanidad a veces tierna y a veces cruel; pero siempre sin cosméticos. El lo achaca a que carece de imaginación: "No puedo inventar muchas cosas, sino pocas cosas..." No es cierto. Puede, podría imaginar las que quisiera, pero, según su mismo decir, "eso no le interesa". El busca los jugos de la vida, palpitantes, reales. Y como su propia vida ha sido llena de altibajos, nutrida de peripecia, llevada y traída por marejadas de ventura y desventura, no necesita decorar.

—¿Escribe todos los días? (Es la búsqueda de una disciplina).

—Desgraciadamente, no escribo todos los días, aunque últimamente he hecho todo lo posible... Por lo menos, si no escribo, copio, o leo, o corrijo, que es también un trabajo fundamental.

—Saltando un poquito en la conversación: ¿quién le parece a Ud. que es ahora el mejor novelista de América? ¿Cuál es más de su agrado?

Vacila.

—Debo confesarle que... no conozco exactamente a todos los que hoy escriben novelas en América. Los contemporáneos, generalmente, no nos conocemos. Por el lado de Argentina, no conozco ninguno que me agrade. Son demasiado criollistas. Otros, son demasiado intelectuales. A muchos mexicanos, no los he leído. Quien me gustó mucho fue Martín Luis Guzmán, en **El águila y la serpiente.** Fuera de él, Mariano Azuela, con **Los de abajo.** Es una gran novela. Después... de los que están escribiendo actualmente, conozco muy poco; pero he de confesarle que me atraen poco porque son demasiado criollistas. Hay novelas cubanas o ecuatorianas que yo no puedo leer porque no entiendo lo que dicen...

—¿De Chile?

—De lo último que he leído, **El vado de la noche,** de Lautaro Yankas, me gustó bastante. Fuí miembro del jurado preliminar, no del que le otorgó el premio. El libro indica mucha madurez. Es serio. En 1955 se publicó **El tiempo banal,** de Atías: eso sí es una novela que me agrada, pues ahí no hay ningún afán de criollismo, sino la observación de la vida de Santiago, de algunos personajes, sin ningún carácter folklórico. De los otros... Por ejemplo, D'Halmar, lo encuentro muy retórico. A Latorre, demasiado criollista. No puedo entender esas cosas. Exactamente eso me ocurre a veces con Luis Durand: se me escapa el contenido de los diálogos... Se requeriría una multitud de notas al pie para explicar los vocablos. Me parece un obstáculo para la expansión de nuestra literatura, incluso en Hispanoamérica... Si un escritor no entiende a otro, no puede leerlo.

—Sostiene usted un parecer que yo estoy sosteniendo por escrito desde hace algún tiempo, y que en mi país no ha sido siempre bien recibido. Pero hay que pregonarlo. No podemos comunicarnos si no hablamos el mismo lenguaje. Eso es evidente.

—Sí: hay mucha gente que dice: "¿Y por qué no nos conocemos tánto los argentinos y los chilenos y los peruanos?" ... Porque no nos entendemos. Hay en Chile una obra que se llama **Los isleros,** y que sacó un premio en el concurso... Yo no sé, no entiendo qué es lo que habla esa gente. Todo me es desconocido, a pesar de conocer tánto la Argentina. El lenguaje mismo me parece absurdo. ¿Qué interés tiene el reproducir fonéticamente el lenguaje, cuando lo interesante es lo que el hombre está pensando y hablando, y no la forma en que lo está hablando?...

Cuando el tiempo haya pasado y las letras de Hispanoamérica conquisten amplio territorio —cada día se expanden más— se comprenderá hasta qué punto tenía razón en la entrevista, este hombre grande y recio, de andar torpe, de mirada vivaz, de palabra sincera, que se llama Manuel Rojas y es, desde ayer, titular del Premio Nacional de Literatura de Chile.

Hugo Lindo

Santiago, Chile, 15 de junio de 1957.

CON LOS CUENTISTAS DE CENTRO AMERICA

A solicitud del futuro editor, preparo la 2ª Ed. de mi ***Antología del cuento moderno centroamericano*****, publicada por la Universidad de El Salvador en 1949-50. Son dos tomos, con escasa representación de Costa Rica y de Honduras, por falta de información oportuna.**

Para superar esta deficiencia en la 2ª Ed., ruego muy encarecidamente a los cuentistas de Centro América —y en especial a hondureños y ticos— me hagan llegar su ***curriculum vitae*** **y algo de su producción relatística, dirigiéndose así:**

Hugo Lindo
Casilla 10295
Santiago - Chile

Y gracias de antemano.—*H. L.*

¡Nicaragüenses: América vigila!

Por *Claudio BARRERA*

(En Rep. Amer.)

•(Mensaje a la ciudadanía esclavizada que espera la hora de la liberación)

MENSAJE LIRICO AL CIUDADANO NICARAGUENSE

Aprende este mensaje, ciudadano.
Llévatelo a la tierra del Sur.
La tierra de los lagos.
La tierra donde se oye una canción herida
del indio de Diriamba.
La tierra que bien cabe en una lágrima
que va por toda América.
La tierra de Darío,
la tierra dulce y buena de Darío
con sabor a pinol y a leche tibia.
La tierra del hermano que le han negado a Dios,
porque no puede hablar con el idioma
que Dios le dió en los labios a los hombres
para decir la luz de la verdad.
La tierra de los hombres que pasan en el tiempo
sin rotación de pensamientos
porque no existe el eje de la voz.
Allí donde la muerte acecha en las esquinas,
donde el temor se esconde en los salbeques
llenos de balas de ametralladoras.
Allá, la tierra pródiga de todos
los que amamos a América sobre todas las cosas.
La triste Nicaragua, la del huipil enamorado
que lava nixtamal y recuerda a Sandino.

La parcela doliente del istmo americano.
La que engañó su historia y equivocó su rumbo.
La desolada y triste Nicaragua. —Patria maravillosa
del ceibo y la caoba. Mas desgraciadamente
la patria de Somoza.
Aquí está este mensaje para que te lo lleves, Ciudadano de Nicaragua
a los sufridos hombres de los lagos.
A los hombres rebeldes que aman la libertad
y que quieren ganarla
como se gana la esperanza y la paz.
Llévate este mensaje, a las mujeres sufridas de la tierra
holiada y mal herida por Somoza.
Háblale de la sombra tranquila de estos libres aleros.
Háblales sobre todo de nuestros tiernos hijos,
estos niños de Honduras que crecen libremente
sin miedo de fusiles, somocistas,
sin el temor de las polainas sangrientas.
Sin el peligro de morir mañana.

Reune en el rescoldo del hogar a esos mozos que sueñan
y que aman la aventura, la Patria y el honor...
Háblales de estos pueblos, diles que en estas tierras
existe la esperanza, la libertad, la voz.

Diles que en estas tierras donde crecen los cedros
y los niños lo mismo que los ríos
hay un rescoldo de piedad humana
de dignidad y de amor.

Diles que nosotros sentimos el llanto amordazado
de ese pequeño pueblo de los lagos...
Que desde todos los lugares libres de América
se siente como arrastra Nicaragua
sus cadenas de angustia.

Que desde el verde llano hasta las costas
se oye el llanto que viene de Managua.
El temor en Managua! La angustia del mañana
en ese pueblo.
Que desde el Merendón, el atalaya nuestro,
se siente el débil, triste, interminable grito
de esas decepcionadas tierras de Nicaragua.

Nicaragua está ausente!
Lejos de toda América!
Nadie quiere poner su pie honesto
sobre la tierra mártir de Sandino.
Nadie quiere aspirar el aire nauseabundo
que respiran los hombres del fusil
y la polaina ensangrentada.
Nadie quiere sentirse cómplice
de la amarga tragedia de ese pueblo.

Todos los hombres libres de América
vemos a Nicaragua desde lejos... Y la dejamos sola!
Sola con su tragedia y su amargura.
Apenas, desde nuestras conciencias,
le tendemos nuestro pequeño corazón en llamas
para que pueda sollozar a solas.

Pueblo de Nicaragua:

Aquí está este mensaje que nace,
como nacen los ríos... como nacen los vientos...
como nacen los árboles.

Este mensaje lleva el humus del tiempo
que fertiliza el germen del ideal.
Desde la lejanía de todo el Continente
el hombre libre atisba
la opresión de los déspotas.

El luto interminable del pueblo y su esperanza.
Pueblo de Nicaragua:
Por ti es más triste el porvenir de América.
Por ti es que no podemos unirnos de las manos
en todo el Continente.

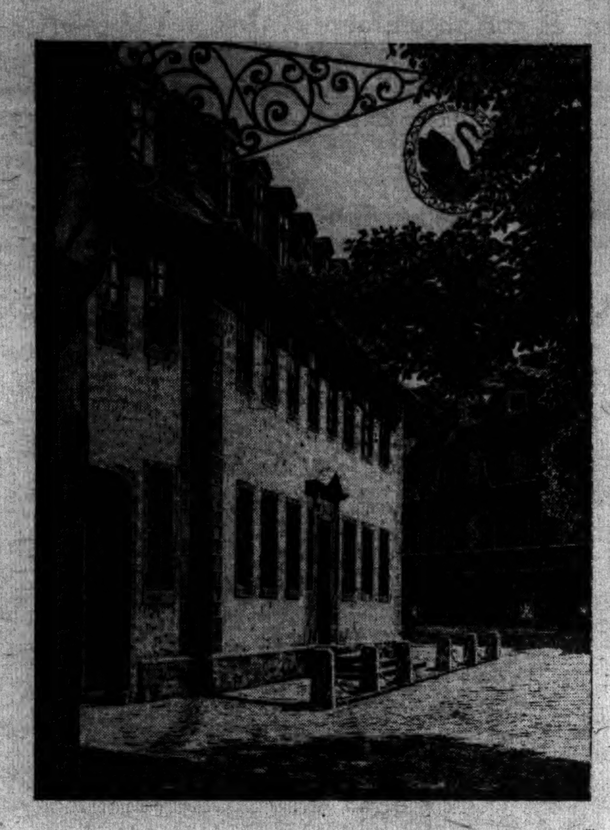
Algunos de tus hijos, Nicaragua,
han cambiado a Jesucristo, por el judas de los 30 dineros
lo han cambiado
por otro dios de gabardina, de fusil y patada,
pero no es el Dios divino y humano
de estos pueblos libres que existen en América.
Es el dios sanguinario del tocalis horrendo
que pide el sacrificio de ciudadanos libres...
Es el dios de polaina
que reclama poder, dinero y sangre...
Es el dios megalómano con la ignorancia a cuestas.
Es dios de la barbarie y de la piedra.
Es el dios de la muerte y del dolor...

A ese dios va este grito
como el humo del cirio que se eleva
a los déspotas que ultrajan su pueblo.
A ellos se eleva este canto
que es un grito de amor y rebeldía
por un pueblo de América que sufre.
Un pueblo pequeñito que su historia
bien cabe en una lágrima.
Pueblo de Nicaragua,
pequeño lar de América
que cada día te separas de América
y de la historia de los hombres libres.

Desde la lejanía sabemos que aún existes
humillado y herido
pueblo de Nicaragua.
Que los va aniquilando la soledad y el crimen
por eso desde esta tierra libre y feraz de Honduras
va este grito rebelde
para decirles —conmovido de amor y de esperanza—
que no están solos ahora,
que están todos los hombres de la América
vigilando tu historia.

CLAUDIO BARRERA

Tegucigalpa, 1947



La casa de Goethe en Frauenplan

Cinco días a través de la Turingia

Escribe *Adela FERRETO de SAENZ*

(En **Rep. Amer.**)

Invitadas por la Unión Democrática de Mujeres Alemanas de la República Democrática Alemana, a las que nunca acabaremos de agradecer tanta gentileza, un grupo de amigas de la F.D.I.M., venidas de diferentes rincones de la tierra, hicimos una excursión de cinco días a través de la Turingia. Querían nuestras amigas darnos a conocer algunas de las bellezas que atesora su país y mostrarnos cómo trabaja y vive su pueblo.

Salimos de Berlín, temprano. Era una tibia mañana de junio llena ya, a las seis de la mañana, de la ardiente luz de este sol madrugador del verano. Los rostros brillantes, la palabra juguetona y alegre en los labios, todas volvíamos a nuestra adolescencia, a los días despreocupados, libres, de nuestra juventud, cuando de colegialas, salíamos de excursión en busca del paisaje nuevo, a la conquista de un rincón ignorado.

Ahora íbamos a la Turingia. Y el nombre solo de este país de historia y de belleza despertaba en mí, venida de tan lejos, extrañas reminiscencias. Tenía en la mano el programa del viaje, cuidadosamente planeado por nuestras amigas alemanas. Muchas palabras de su idioma me resultaban incomprensibles, pero allí estaban los nombres: Jena, Weimar, Eisenach, Muhlhausen, etc..., nombres que de noción geográfica, de dato histórico, iban a transformarse ahora en viva realidad, por un azar más maravilloso que la varita mágica de los sueños.

Y... a las dos de la tarde llegamos a Jena, a la posada del "Schwarzen Bär" — "Oso Negro" — como en los cuentos. Hay allí un fresco en la pared, a la entrada, con una inscrpción al pie (la Historia sale a nuestro encuentro), en donde se dice que Lutero y el Gran Duque Christian Johann Friedrich el Generoso fundador de la Universidad de Jena, acostumbraban alojarse en la posada! Salimos: frente a frente nos mira un soberbio edificio en piedra oscura; es la vieja Universidad donada por el Generoso. En ella, nos dicen, estudió Carlos Marx, enseñó Federico Schiller. Seguimos al acaso, pero el acaso en estas ciudades no cuenta; por dondequiera que se vaya se encuentran "maravillas". Viejas calles angostas, que se ocultan, que suben, que dan vueltas, y, de pronto, la plaza de la ciudad con su fuente, con la bella iglesia gótica, con antiquísimas casas que son joyas. En el centro hay una estatua levantada sobre florida alfombra: es un caballero medieval, en su armadura, en la mano derecha una espada, en la izquierda un libro abierto. ¿Quién es el caballero? ¡Ah!... Pero si es nuestro nuevo conocido, Christian Johann Friedrich, el Generoso, que custodia la ciudad.

Seguimos por ahí, tomamos una callecita angosta, entramos en un jardín; hay una mesa de piedra, hay unas inscripciones; aquí vivió Schiller, su busto se levanta en un rincón del parque, en este banco de piedra él y Goethe conversaron muchas veces.

Las amigas nos llevan a conocer la gran fábrica de aparatos de óptica "Zeiss", famosa en el mundo; el jardín botánico en donde encontré muchas viejas amigas de mi tierra, las aquí raras plantas tropicales; el Planetarium, en donde asistimos a una lección de astronomía.

Pero es preciso seguir el viaje. Dejamos atrás la vieja ciudad, vamos a Weimar. ¡Weimar...!, el libro de Eckermann se va abriendo a retazos en mi memoria. Weimar, aquí tocamos el corazón, la entraña misma de la cultura alemana. Cada piedra de esta ciudad tiene historia, está ligada a un recuerdo imperecedero.

Salimos otra vez al acaso. Por todas partes inscripciones que llaman nuestra atención: aquí, al lado de nuestro hotel "Elefant", en esta vieja casa, vivió Juan Sebastián Bach, aquí nacieron dos de sus hijos. Caminando encontramos la casa de Herder; desembocamos luego en una plaza, frente a un teatro, donde se aglomera una gran multitud: representan la vida del héroe checo Jan Hus, y el pueblo quiere conocerla. Nos detenemos allí un rato contemplando la estatua de Schiller y Goethe, gemelos en el amor de su pueblo.

En la mañana visitamos las casas de ambos genios: la mansión de Goethe con sus ricas colecciones: estatuas, pinturas, mayólicas; en el fondo, aparte, su cuarto de trabajo desnudo de todo adorno. Allí escribió el "Fausto". A un lado, la gran biblioteca con 5.000 volúmenes, la coleción de minerales; al otro, la pequeña alcoba, la cama, la silla en que murió. (1)

Luego visitamos la casa de Schiller, sencillísima. En la sala, en marco dorado, está una carta de la Convención Nacional de la República Francesa otorgándole al gran hombre la ciudadanía, en aplicación de la ley del 26 de agosto "considérant que les hommes qui, par leurs écrits et leur courage, ont servi la cause de la liberté et préparé l'affranchissements des peuples ne peuvent etre re-

---

1) Es importante hacer notar que la casa de Goethe, hoy totalmente restaurada, y cuidada como una joya por la República Democrática Alemana, fue bombardeada por los angloamericanos cuando ya la guerra había terminado.

gardés comme étrangers par una Nation que ses lumiéres et son courage ont rendue libre". La cama, humildísima, muy cerca de la mesá de trabajo: en los últimos meses de su vida Schiller se levantaba a ratos, su cuerpo deshecho, trabajaba con el espíritu aun alerta.

¡Con qué pasión nos cuenta estas cosas la amiga alemana que nos ha acompañado a visitar ambas casas! ¡Con cuánta vehemencia recalca la rebelde lucha de Schiller contra las condiciones adversas de su vida, contra la injusticia, contra la tiranía!

Hay que dejar esta ciudad "joya del mundo". Vamos a ver cómo trabaja hoy y lucha el pueblo alemán, en una pequeña cooperativa agrícola. Estamos en Magdala, una bonita aldea con su casitas de techos rojos, con su riachuelo con gansos blancos.

Nos reciben las campesinas de la cooperativa: cantan los niños de la escuela, nos colman de flores. Vamos a visitar el establo: las vacas de raza, admirablemente bien cuidadas, todo muy bien instalado. Los campesinos cuentan: para formar la cooperativa, que tiene apenas unos cuatro años, se han juntado los campesinos más pobres, incluso ahora sus ingresos son menores que los de los campesinos individuales. Pero ellos están seguros de que terminarán por atraerlos a todos: en cuatro años, la cooperativa ha crecido; agrupaba el 10% de los campesinos, ahora agrupa el 35% ¿Por qué? Porque la cooperativa realiza un trabajo mejor, más técnico, más científico, sus vacas están mejor cuidadas, sus pastos mejoran en calidad. Y éste es el argumento más convincente la calidad del trabajo que es posible realizar, el progreso que se va alcanzando, garantía de un porvenir rico y prometedor.

Visitamos la hermosa escuela del pueblo que podría estar bien en cualquier ciudad; la linda casa-cuna brillante de limpieza y de alegría de niños; las preciosas casas de los maestros; las casas de los tractoristas, nuevecitas y con todo confort, como el apartamento de cualquier pequeño burgués de nuestras ciudades. Nunca —nos dicen— en la historia de Alemania, los campesinos hemos vivido tan bien, hemos podido mejorar tan rápidamente. ¡Los campesinos...! ¡Ah!, fue aquí, en Turingia, en donde tuvo lugar la gran revuelta campesina de los tiempos de la Reforma. Aquí se luchó por esto que vemos hoy en Magdala, por la tierra y el disfrute de los bienes de su trabajo para los campesinos... ¡Por esta idea murió Tomás Müntzer! Pero con él nos encontraremos después en Mühlhausen.

Ahora recorremos el valle de Schwarza. La montaña, el río, los bosques seculares: a cada vuelta del camino nos sale al paso una naturaleza encantadora, verdaderos paisajes de estampa y leyenda. Subimos, subimos hacia Sonneberg. Pasamos aldeas, ciudades y pueblos, cada uno más bonito que el otro.

En Sonneberg, como en todas partes, nos reciben las amigas de la Unión Democrática de Mujeres Alemanas: nos cuentan, como en todas partes, sus dichas, sus esperanzas, sus anhelos de paz y de unión.

Aquí, en Sonneberg, este sentimiento es quizá más intenso; estamos en la zona limítrofe. Los hermanos de ambos lados pueden mirarse los rostros, pueden tocarse las manos por así decir. A la gentileza con que hemos sido recibidas en todas partes, las amigas de Sonneberg añaden un detalle encantador. Hay en la mesa, frente a cada plato, un lindo animalito de peluche, un osito, un mono, un perrito. Ellas nos explican: Sonneberg es la patria de los juguetes, de esa industria vive y ha vivido la ciudad; ellas han querido agasajarnos con un pequeño recuerdo de su industria nacional.

Y nos llevan a visitar un museo de juguetes, un museo único, que es el alma y la historia de un pueblo. Desde las primeras salas, en donde la historia del desarrollo de esta industria se enlaza con las del vidrio y la porcelana, antiquísimas industrias del país, vamos recorriendo salas de maravilla que nos vuelven a los días de nuestra infancia, que nos devuelven nuestra alma de niños.

Allí están los viejos juguetes de otros tiempos, las muñecas, las animalitos, los juguetes mecánicos que sirvieron de divertimiento a nuestros abuelos, los que alegraron la infancia de nuestros padres los que fueron nuestros amigos, los que pusimos en manos de nuestros hijos. Y además, los juguetes de otros pueblos desde los de remotas tribus de Africa o de América, desde los de Egipto y Grecia, hasta los preciosos de China y el Japón, que quedan en la zona intermedia entre juguetes de niños y miniaturas artísticas.

Allí nos asomamos a un rincón maravilloso del alma humana, del alma, en especial, de este pueblo alemán que es sin duda alguna uno de los que ha derrochado más ingenio, arte y paciencia en la construcción de juguetes. Es un rincón donde reina el amor, el amor al niño, sentimiento límpido y puro.

Recorriendo aquel museo, no puede uno menos de pensar en la fuente que ha manado silenciosa, dando vida a estos seres llenos de gracia, haciendo que todo el ingenio y toda la capacidad mecánica del hombre, que ¡ay!, por desdicha, tanto se ha puesto y se pone al servicio de la destrucción y de la muerte, sirviera solamente para encantar al niño, para arrancar de sus ojos el fulgor del asombro, de sus labios la sonrisa del deleite. ¡Maravilloso Sonneberg, maravilloso el pueblo que lo ha hecho tal cual es! (2)

Es imposible decir aquí todo lo que vimos y conocimos en estos cinco días. Diré que visitamos las grutas encantadas de Saalfeld, que estuvimos en el bello sanatorio de Bad Salzungen, que fuimos al Wartburg en Eisenach.

El Wartburg corona a Eissenach como una resplandeciente joya. ¡Cuánta belleza hay en él! Es el castillo de Graal, en armonía íntima con el paisaje, como siendo su expresión más perfecta. El castillo está poblado de leyenda: allí se realizaban los grandes torneos de trovadores. En la hermosa sala de los caballeros contemplamos el gran fresco que representa el torneo en que saliera vencido el famoso cantor germano Walter von den Vogelweide, leyenda que sirvió de base al drama wagneriano "Los Maestros Cantores de Nuremburgo". Allí vivió Santa Isabel de Hungría; frescos que cuentan la historia de su vida cubren las paredes de la galería, y mosaicos con el mismo motivo decoran la llamada Sala de Santa Isabel. Allí, en una pequeña torre, estuvo preso Martín Lutero y allí realizó su famosa traducción del Nuevo Testamento, que es uno de los primeros monumentos de la lengua alemana. En la gran sala de fiestas, magnífica, cuyo estilo y decorado sirven de fondo al Tanhäuser, se han reunido los estudiantes en sus fiestas y también en su horas de lucha. Allí fue iniciada por ellos la batalla por la unidad alemana.

Tenemos que pasar por Eissenach, sin verla casi, para detenernos en Mühlhausen. En Mühlhausen nos reciben las obreras de la fábrica "Clara Zetkin"; es una fábrica de delantales y vestidos de

---

2) La antigua industria de los juguetse se desarrolló en Sonneberg como una artesanía. Familias enteras trabajaban en ella. Pero los juguetes, costosos, no eran para los hijos de estas gentes humildes sino solamente para los niños ricos, cuyos padres podían comprarlos. Ahora, todos los niños de la República Democrática Alemana, tienen juguetes.

trabajo. Hay 600 obreras. Almorzamos con ellas, sabemos que la fábrica ha logrado muchos éxitos; que su directora Luise Ermisch, es heroína del trabajo; que su métodos han sido implantados en muchas otras fábricas; que hay una gran unidad entre las trabajadoras y la dirección. ¡Qué joven parece esta Luise Ermisch! Cuenta cómo, de simple obrera sin calificar, ha podido gracias a su esfuerzo y a las oportunidades que se le han brindado, ascender a directora de la fábrica, en la que continúa siendo una amiga y colaboradora de todas las obreras. Al despedirnos, los obreras nos entregan un regalo: unos delantales para niños, con el encargo de enviarlos a los niños de algún lejano país. Con el regalo, una tarjeta en la que expresan no solamente el deseo de las obreras de la fábrica "Clara Zetkin", sino el de las mujeres alemanas de estrechar los lazos de amistad con todos los pueblos de la tierra.

En Mühlhauser visitamos la vieja Casa de la Ciudad. Preciosa y severa al mismo tiempo. En las paredes, en dorado, frases de los encendidos discursos de Tomás Müntzer. Sí, aquí está la sala donde él predicó su gran cruzada por la libertad de los siervos, por la tierra para los campesinos, por la justicia. Visitamos el recinto en donde funcionó el Concejo Permanente (Eterno). Hay frescos en las paredes representando los "landgraves" y los "burgraves" de aquel tiempo.

Lo más puro, lo más revolucionario de la Reforma nos ha salido al encuentro encarnado en la vida de Tomás Müntzer y de sus seguidores en su heroica muerte. A nuestra mente vuelve la apasible aldea de Magdala, las aldeas de Turingia que no pudimos ver sino de paso, con sus verdes y fértiles campos en donde hoy es realidad la Reforma Agraria, el sueño de los mártires de la Revolución Campesina.

San José, Costa Rica 1957.

Viñetas de México

Desde el Mirador

Colaboracion del *Dr. Ramón ROMERO*

Cae en la ventana el sol de oro de la tarde. Se ve un poco de bruma allá lejos donde parece que corre la montaña, y en el cielo nubes blancas y opalinas lentamente siguen el camino que les traza el viento. Abajo, la multitud pasa con ese afán de vivir en la ciudad agitada por el progreso del comercio y de sus industrias. Los colores vivos o de tono menor, o el azul intenso en los trajes de las mujeres se desvanecen a lo largo de la calle. Y estas calles, ese teatro humano y múltiple, cambian constantemente de decoración conservando solamente la forma estática de la perspectiva.

Hay ahí un silencio que se rompe minuto a minuto por las máquinas ligeras, el silencio propio de la tierra y del tiempo. La ciudad moderna, con altos y desafiantes edificios donde se desparrama la cabellera del viento, se extiende con firmeza en una parte del valle de México. Y pensar que aquí, en estas calles de Tacubaya, en los sitios donde se levantan las construcciones altas, y sobre esos puentes y albercas, libraron los emperadores aztecas rudas batallas sin nombre en defensa de la tierra y la libertad.

En esta calle, seguramente, pasó **Cuauhtemoc**, con sus soldados, con su corazón abierto a la esperanza. Un poco más allá salieron de lo que era monte cerrado, los compañeros de esta proeza inmortal, a combatir a los hombres blancos, y desde la cima de esas montañas donde cae la bruma de hoy, la afleuncia humana se convirtió en un río de sangre, en torrente de bravura.

La bella **Tenochtitlán** de aquella época lejana, con sus jardines y templos maravillosos, cerró una época en la historia, para surgir en el transcurso de los años con las nuevas vestiduras que le dió el tiempo. Su tierra es la misma, y las piedras y los árboles hablan de los días más bellos cuando la raza entera se cubrió de gloria. Aquí en la calle, en esta calle, pasó **Cuauhtemoc**, con la insignia en sus manos, alta la bandera, tenso el rostro de combatiente. Solamente lo imprevisible de la vida podía vencerlo y vencido fue más grande, porque unió a la raza en unidad ideológica.

Si desapareció el imperio y con **Cuauhtemoc** millares de hombres, no se desvaneció el espíritu ni las sensaciones peculiares que tenían del valor de la vida, de la contemplación de la naturaleza, de su arte de trabajo, de su religión, dirigida en forma natural a la belleza del mundo.

El genio de la raza, como explica William Blake, pertenece a todas las épocas, y se va heredando a través de todas las generaciones. De esa combinación de dos culturas, un nuevo estremecimiento de arte surgió en la masa humana, una inquietud, un sentimiento renovado, un refinamiento de los nervios y de la mentalidad americana.

Miramos con deleite la página de un códice; el penetrar en la selva sentimos la emoción de lo desconocido; al tocar las piedras del camino donde los antecesores se sentaron alguna vez a contemplar las crepúsculos serenos de la patria común, proyectamos y realizamos un viaje mental para encontrar aquella vida fastuosa de la época, y ella nos señala esa raíz ancestral de los que vivieron, amaron y murieron en la tierra generosa.

Ahora la **Tenochtitlán** de antaño es una fortaleza con su puente levadizo donde se juntan los valores del mundo.

Bernal, sobrio y elegante en sus relatos, nos habla de la ciudad y del imperio: "Y luego **Moctezuma** le tomó por la mano y le dijo que mirase su gran ciudad y todas las demás ciudades que había dentro en el agua, y otros muchos pueblos alrededor de la misma laguna... y así lo estuvimos mirando, porque desde aquel grande y maldito templo estaba tan alto que todo lo señoreaba muy bien; y de allí vimos las tres calzadas que entran en México. Y veíamos el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad, y en aquellas tres calzadas, los puentes que tenían hechos de trecho en trecho... y veíamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos y otras que volvían con cargas y mercadería, y veíamos que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las demás ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba si no por unos puentes levadizos que tenían hechos de madera, o en canoa; y veíamos en esas ciudades cues y adoratorios a manera de torres y fortalezas y todo blanqueado, que era cosa de admiración..."

Cuautemoc, el forjador de la patria, está en pie con la bandera de la raza en sus manos.

México D.F., 28 de febrero 1957.

Divagación quijotesca

Por *José BERGAMIN*

(En *El Nacional* de Caracas, 25 de Setbre. 1956)

Si no se ha dicho aún, podría decirse que el "impresionismo" —ahora redivivo en París por los turistas paseantes— fue una máscara romántica que cubría un rostro clásico. Claro que esto no es decir mucho, pero puede servirnos para insistir en que sus valores tradicionales son los más auténticamente revolucionarios de la Pintura. De aquella Pintura en su tiempo. De aquella que decimos "época" inventada por su propio estilo. "No todo es posible en todo tiempo" —afirmaba un maestro famoso y le respondía otro: "todo es posible en todo tiempo porque no es el tiempo el que hace un estilo, sino el estilo el que hace —o deshace— al tiempo". En una palabra, es la obra de arte la que hace época y no la época la que hace obra de arte. ¿La máscara hace al rostro como en el cuento mítico de Wilde?

El "Quijote hizo época. Su época no lo hizo a él. Por eso el "Quijote" no es "quijotesco". Tampoco es "quijotesco" Don Quijote. Y, muchísimo menos, Cervantes. En su admirable estudio sobre la invención del "Quijote", Azaña nos enseña a no tomar, como suele decirse, el rábano por las hojas. A no tomar el libro por su protagonista, ni a su protagonista por su autor. Exactamente lo contrario que hizo Unamuno en su libro famoso: "La vida de Don Quijote y Sancho". Comentando este libro unamunesco, mi querido amigo, el poeta Pierre Emmanuel, ha publicado ahora un denso estudio sugerente en la revista "Sprit" (—en su número de Setiembre dedicado totalmente a España—) tratando la Teología Quijotesca de don Miguel. ¿Pero era Unamuno quijotesco? ¿Lo era, lo fue, acaso, unamunesco?

Aquel ex-futuro Unamuno de que él me hablaba en una carta "abandonado y solo en una senda del páramo de la historia de España", ¿se parecía a Don Quijote? Creemos que no. Ni a Don Quijote, ni a su San Ignacio de Loyola, que él llamó quijotesco. ¿Pues unamuniza el libro de Cervantes Unamuno al querérnoslo "quijotear"? Creemos que sí. tendría que citar páginas enteras del substancioso estudio de Pierre Emmanuel para comentarlas. Cosa que no es ahora mi propósito, ni cabría en un artículo como este. Prefiero recomendar su lectura. Como la de todo este número de "Esprit" que tiene muy poco desperdicio. Pues hay en todo él una copiosa y veraz información actual de España. Aunque haya, también en esa información, o en sus comentarios, a veces demasiado "españolismo". Y no lo olvidemos, el "españolismo" no es español. Como el "quijotismo" no es cervantino. Y yo creo que ni unamunesco ¿Pues de qué "quijotismo" se trata? me preguntaréis. De una caricatura —y no siempre lírica—, os diría, de "la triste figura" de Don Quijote. Aquel que le atribuye implícitamente, toda una filosofía estoico-cristiana, que tal vez no le corresponde enteramente. La exaltación extrema que de la figura quijotesca nos hace Unamuno en su libro admirable en su comentario marginal, sí parece una "caricatura lírica" como diría el poeta de "Platero y yo". Pero no olvidemos tampoco aquella barroquísima afirmación del comentarista calderoniano: "que el que pone márgenes al resplandor, más que lisonjea, agravia la claridad". ¿Es un agravio a la claridad del libro de Cervantes —como acaso pensaba Azaña, lo que no le perdonó don Miguel— ese Don Quijote crucificado y así caricaturizado líricamente por Unamuno?

Pero volvamos a lo de la época" y el "estilo". El estilo del arte barroco hizo época de barroquismo. Y no al revés Aunque a veces tengamos que decirlo al revés, para que nos entiendan. El estilo de los "simbolistas" e "impresionistas" franceses hizo época, porque "hizo su tiempo", como se dice en francés, o "pasó a la historia" como decimos en español. Lo que, a veces, es un deshacer y un traspasar. El tiempo que pinta según Goya, despinta. Y por lo mismo, se venga del arte que a él le hace, deshaciéndolo. Si pensamos que con el tiempo se hizo el "Quijote", como el vino, (el "Quijote" que leemos hoy) en cambio, nos nos atrevemos a pensar que con ese mismo tiempo se deshará. ¿Dónde están los límites de ese hoy de la lectura viva nuestra que nos parece un inacabable, por acabado, horizonte inmortal? ¿Podremos ascender al cielo de los santos con un "Quijote" en la mano?

Este quinto Evangelio Cristiano, como se le ha dicho al libro de Cervantes, si nos trajo su buena nueva ¿cuánto tiempo nos durará? Los que han reído en su tiempo, cuando lo leían; los que sonreían o lloraban leyéndolo tiempos después; nosotros que lo leemos ansiosamente, interrogantes, sin risa, sin sonrisa y sin llanto, tal vez, ¿estamos conformes todavía con su caricaturesca versión romántica, prolongada hasta su exaltación lírica unamunesca? ¿Y las generaciones que nos siguen? ¿Leen mucho los jóvenes españoles a Cervantes? ¿Leen mucho su **"Quijote"?** ¿Y cómo lo leen? ¿Cómo lo ven? ¿Cómo lo sienten?

Mi experiencia juvenil fue un fracaso. Porque —lo confieso humildemente— en mi juventud no me gustaba leerlo. Prefería las "Novelas ejemplares". Y luego el "Persiles". También el teatro. El grande, el de las comedias mayores. Y ahora, al pensar, como me sugiere mi querido amigo el poeta Pierre Emmanuel, en una Teología Quijotesca de Unamuno, me siento extrañamente inquieto, angustiado, como si presintiese que iba a zozobrar por su lectura en un profundo mar tenebroso. Y no es así. No es así, porque la máscara cómica del Libro Maravilloso no oculta otro rostro que el que quiso ocultarnos de sí mismo su propio autor. El del hombre invisible que es todo hombre según el viejísimo Lulio. O del hombre muerto para el hombre y vivo sólo para Dios, según el Vico. ¿Y es esto Teología quijotesca, unamunesca, como dice el poeta Pierre Emmanuel? ¡Sábelo Dios!

París, septiembre de 1956.

QUE HORA ES...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Palpitaciones de la vida femenil

(En Rep. Amer.)

HSTORIETAS:

Todos los periódicos del mundo tienen entre sus páginas una sección dedicada a entretenimientos entre los cuales destacan los crucigramas y las tiras cómicas. Se supone que están dedicados a los niños, y esa es la razón de tanto espacio con temas baladíes.

El adulto, conserva en su interior, reminiscencias infantiles y de ahí resulta que también él, encuentra en estas cosas de niños, una válvula de escape, máxime si consideramos la complejidad y dureza de la vida, de la que trata de sustraerse aunque sea momentáneamente.

Ahora bien, en la actualidad esto se ha hipertrofiado y mercantilizado al llevar también para los adultos, novelas, biografías, historias, etc., presentadas en forma de historietas ilustradas. Los principales consumidores de este tipo de "literatura" son personas cuyo nivel intelectual o cultural está en la medianía, pero que se caracterizan por ser gente de trabajo que vive muy de prisa, esclavos del horario y muchas veces usuarios de camiones. Para estos lectores es fácil seguir un argumento cuando van camino de su oficina, ya que la sucesión de imágenes dibujadas no les exije gran poder de concentración, de imaginación ni de memoria para continuar el hilo del argumento tantas veces interrumpido.

Sin embargo, todos los extremos son malos y cuando se trata de los niños es peor todavía. Nada tiene de objetable el hecho de que las criaturas busquen los monitos para divertirse, sobre todo cuando las historietas son ingeniosas, sanas, jocosas, o simplemente despiertan el buen humor, es decir, que llenan los objetivos para los que han sido creadas, o sea, lograr un entretenimiento fugaz, sin provocar conflictos emocionales en el niño, ni plantearle problemas de moral, ni obligándole a ejercitar un esfuerzo mental.

Pero hemos dicho que los extremos son malos y así como un niño no se puede alimentar únicamente de merengues y golosinas, sino que es necesario una alimentación balanceada para lograr un desarrollo armónico, así también en lo que respecta al alimento intelectual, no debe dársele a leer solamente monitos. Una de las características de la psicología infantil es la vivacidad de la imaginación, la cual lo lleva a crear mundos de fantasía y con esos mundos vive y sueña. Pero esa imaginación fecunda realizadora de milianuchescos milagros, se ve coartada por el abuso de la imagen visual que nada dice a su vida interior, que no despierta el "sésamo ábrete" del ensueño.

Al invadir el terreno cultural, pues a través de las historietas se pretende dar lecciones de historia, ciencias naturales, etc., también resultan negativas en estos aspectos, porque limitan el conocimiento, porque nunca podrán tener la amplitud y la belleza del libro, y menos inducir al razonamiento como lo hace un maestro, trayendo a la larga, pereza mental o atrofia de las facultades mentales que se trataba de desarrollar.

Y estas consideraciones, son desde el punto de vista menos dañino, ya que si ahondamos en el pésimo contenido de los susodichos cuadernos que por millares se editan, fermentando los más bajos instintos, dando cátedra de criminalidad a nuestro mal alimentado pueblo, entonces el mal es tremendo, pues se auna al daño mental, la ejecución delictuosa.

Blanca Lydia Trejo

México, D.F. 1957

Canto de liberación

(En Rep. Amer.)

Como una golondrina estás ahí Muchacha,
pequeñita y humilde,
vencida por el hambre y por el frío...

Un aro de curiosos te circunda
y puebla de palabras el vacío,
mientras se acerca el carro de la Cruz Verde o Roja
que venga a recogerte como una cosa inútil...

Mas todo será en vano:
Bajo las siete mugres de tu rebozo triste
veo crecer tus alas!
tus alas de oro pálido,
las que te dió el arcángel que vino a defenderte
de la miseria oscura...

Y mientras llega el carro de la Cruz Verde o Roja
y se puebla de voces el vacío,
mi corazón te grita, para que tú lo escuches,
lo escuches y sonrías...

Muchacha, pequeñita y humilde:
Contigo está el arcángel:
no temas que te vuelvan a la miseria oscura,
veo crecer tus alas...

¡Estás salva Muchacha!
Estás salva!
Eres la nueva rosa del paraíso blanco...!

ALICIA PRADO SACASA

México, D.F. 1957

Azorín y el paisaje

Colaboración de *Luis VILLARONGA*

Azorín es un contemplativo, un hombre extático. De ahí que la literatura de Azorín sea, más que nada, paisaje. Paisaje de campos, paisaje de ciudades, paisaje de callejas solitarias. Paisaje de Castilla, de Levante, de Vasconia. .. siempre el paisaje de España, de su España tan amada. Se ha dicho que Azorín da la impresión de un "pasmado". así es siempre el hombre contemplativo: absorto, extático. Cuando es un escritor, ese hombre será casi siempre un soberbio descripcionista. Un descripcionista de las cosas, de los paisajes, de los seres. Los detalles menudos de los paisajes y de las cosas han sido observados por él y anotados para futuras páginas literarias.

En la descripción del paisaje Azorín muestra las condiciones predominantes de su estilo: sobriedad, precisión, claridad. La pincelada de Azorín es exacta, definitiva. El paisaje de Azorín está hecho de cuatro trazos nítidos, escuetos y firmes.

Los elementos del paisaje azoriano no son abundosos. Podría enumerarse fácilmente; los cipreses hieráticos destacándose en el cielo azul, las callejitas de menudos guijos, las plazas silenciosas las paredes encaladas, las puertas de cuartelones, campos con cuadros de sembradura y de barbecho con bosquecillos de chopos y la línea azul de la sierra en la distancia, viejas enlutadas, hidalgos que se deslizan como sombras por las callejas. Los paisajes de Azorín son silenciosos y apacibles. Como es él. Cuando suena una voz o una nota es para hacer más intenso el silencio. Una flauta que suena en la noche, el silbido del tren en marcha, las campanitas de las iglesias y los conventos, el canto monótono del grillo, el pregón del buhonero: son sensaciones de paisaje que se clavan para siempre en el alma del lector de Azorín Y esos elementos del paisaje se repiten con suma frecuencia en los paisajes, en los libros, de Azorín; pero producen siempre el mismo encanto. Y es porque aún cuando los elementos del paisaje sean siempre los mismos la emoción del gran artista está siempre renovada. Quizás podría decirse que el paisaje es, uno por la forma; pero siempre vivo, vivido y múltiple por la emoción. Y así como su paisaje es uno, es único. Es único como es única la emoción azoriniana.

La sobriedad del estilo, como la sobriedad de la descripción, determina la eficacia de la sensación. En un estilo profuso la situación se diluiría. El paisaje de Azorín está hecho tanto de sensación como de líneas físicas de forma y tonos de luz. Azorín es sobrio en el color. Pertenece a la escuela de Velázquez más bien que a la de Murillo. Pero lo que le falta en color lo tiene en sensación, en emoción. Por la precisión de la línea habría que afiliarlo a la escuela de Rafael.

Los paisajes de Azorín están formados de naturaleza y espíritu. El espíritu interviene en ellos tanto como la naturaleza. Si las formas materiales son de naturaleza —campos, pueblos, árboles, nubes— lo que los anima y los hace maravillosos es la emoción. La emoción del gran artista de la naturaleza y del espíritu. La emoción reconcentrada, recóndita, pero a veces intensísima del gran autor.

El paisaje de Azorín es como su carácter personal: es sobrio, es reconcentrado, es austero, es verídico. La vida de Azorín es más interior que exterior. El paisaje de Azorín es una réplica de su alma. Podría decirse que es "un estado de alma". Pero un estado de alma que en Azorín es continuo, permanente. La vida de Azorín, toda la vida de Azorín, es ese paisaje. Y si ese paisaje es el paisaje español por excelencia, el paisaje que es tierra y alma de España, entonces Azorín es el más español de los escritores españoles.

El paisaje de Azorín siendo, como es, sobrio y sencillo es, a veces solemne, por su intensidad, por la presencia en él de un alma ansiosa, ante el pasar inexorable del tiempo. De los seres y las cosas.

El paisaje de Azorín, como su alma, como su vida, como su obra toda, está hecho de finura y exquisitez.

San Juan, Puerto Rico

Una niña

Por *Oscar ACOSTA*

(En Rep. Amer.)

Sólo hay una niña en este mundo.
Sólo una niña blanca, rosa, tierna como un lucero.
Sólo una niña. Sólo una niña para quererla
por los cuatro costados, para querer sus calcetines,
sus zapatos, sus camisas, sus sombreros,
para querer lo que ella tenga, sus sollozos,
su inocencia, su risa de dos lados.
Sólo una niña hay en este mundo;
aprendamos a amarla, mirémosla fijamente,
sonriánle, amiguitos, que es la única,
que no hay otra chiquilla como ella a miles de millas
a la redonda; disfrutemos de su presencia en esta casa.
Que en la puerta las bandas de música municipales
llamen a todo el mundo, que llamen a los pájaros,
que llamen a los niños, que llamen a los hombres,
que las mujeres vengan a verla con el brazo apoyado
en su maternidad, en su grandísima envidia;
que vengan a ver a esta niña blanca, rosa,
tierna como un lucero. Que vengan a ver a mi hija.

Lima, Perú, 1955.

Poema de esclavitud

(En Rep. Amer.)

Con un rayo de luna estoy atada
las manos y los pies:
y no puedo esquivarme del suplicio
de esta dulzura cruel,
que mansamente me ha ceñido toda
con un beso de miel...

Estoy atada frente a los caminos
florecidos de fe,
y en el recodo del paisaje se alzan
cuatro arboledas que me gritan: Ven!
pero no puedo desatar el nudo
de esta dulzura cruel...

Y lloro largamente bajo el cielo,
atadas las manos y los pies...!

ALICIA PRADO SACASA

México, D.F. 1957

Elegía fúnebre

En la tumba de mi madre (Q.E.P.D.) (21-2-57)

(En Rep. Amer.)

Por las puertas calladas de la muerte
te fuiste de la vida; madre amada...
que nada turbe tu última morada
en ese sepulcral silencio inerte.

Tu sueño eterno una oración despierte
ahora que tu alma se fue a la nada,
nadie profane la paz inviolada
donde tu cuerpo en polvo se convierte..

Para inciar la larga travesía
tu mano temblorosa en la agonía
rasgó el crespón del misterioso velo...

Descansa oh madre con la paz cristiana
todos lloramos tú partida arcana
¡de seguro estarás, allá en el cielo!...

LUIS OCHOA CASTRO
(Argentino)

Una nación sin libros es una nación sin decoro

Por *Raúl CORDERO AMADOR*
(Catedrático de la Universidad Nacional de México)

A propósito de la idea de Carlos Fernández Mora para fundar en Costa Rica el "FONDO NACIONAL DE CULTURA".

Entre quienes se interesan por los problemas de la cultura de Costa Rica, tanto dentro del país como fuera de él, ha suscitado un gran interés, el posible establecimiento del "FONDO NACIONAL DE CULTURA", idea del escritor don Carlos Fernández Mora. Es natural que la instauración de una Editorial, como la que se ha planeado despierte el interés patriótico de todos cuantos, en alguna forma, estén vinculados e interesados por el desarrollo cultural de Costa Rica.

Sin duda alguna, que toda persona iniciada en las tareas culturales, sabrá descubrir el valor de esta noble empresa por el profundo significado que tiene como fuente de estímulo para los escritores costarricenses y para los consumidores de literatura en la extensa gama que puede abarcar la futura Editorial: economía, derecho, política, historia, pedagogía, filosofía, poesía, etc.

Debe reconocerse, a estas horas del progreso científico, el lugar que ocupan los estudios de economía; son éstos los que han dado prestigio a varios países y a muchos especialistas.

La Historia ha de ocupar un lugar preferente entre las obras que publicará la Editorial, ya que en Costa Rica, éste es un género literario que han cultivado casi todos los escritores. No puede ser de otro modo, en razón de la aguda conciencia del hombre contemporáneo y del carácter social que tiene esta disciplina.

Es de esperarse que la cultura hispanoamericana, en el futuro le sea deudora al "FONDO NACIONAL DE CULTURA", al contar con una serie enciclopédica de pequeñas grandes obras que lleguen a constituir una biblioteca lo más amplia y coherente posible en las ciencias de la cultura.

Deben publicarse junto a los grandes maestros de nuestras letras, los autores más recientes, para quienes la incorporación en esta Editorial, sea un estímulo y una posible consagración.

Es así, como el "FONDO NACIONAL DE CULTURA", incrementará la labor creadora de los hombres de letras de Costa Rica, y afirmará un panorama de la literatura costarricense, cuyo valor irá poco a poco aquilatándose en el resto del mundo.

Otra de las excelencias de esta Editorial, será el poner al alcance de los estudiosos, libros selectos y baratos, cuya contribución al mejoramiento cultural del país es innegable.

El gobierno de la república, las instituciones, los pensadores, los maestros, los periodistas, los escritores, los artistas, los obreros, todos deben cooperar a la fundación de esta fuente de cultura que también contribuirá al progreso social, porque no hay duda, que en nuestros días los grupos sociales deben tomarse en cuenta de modo preferente: "El genio va pasando de lo individual a lo colectivo". Toda obra para que florezca y rinda los mejores frutos debe contar con el concurso de los diferentes sectores sociales. Una nación sin libros es una nación sin decoro.

Ojalá las generaciones futuras nos sean deudoras de la existencia de esta obra de cultura y de vigilancia espiritual cuya grandeza tal vez no alcanzamos a entrever.

El interés que ha despertado la sola idea de la posible fundación del "FONDO NACIONAL DE CULTURA", augura la realización de uno de los acontecimientos de mayor trascendencia, que se llevará a cabo en la vida cultural de Costa Rica.

México, 9 de setiembre de 1955.

La meta del artista

Por el Dr. *Alexander BIERIG*
(En Rep. Amer.)

Todo ser y cada una de sus actividades psíquicas y físicas miran y guían hacia su meta. En ella se reflejan, inevitablemente, el trayecto recorrido, esencia y suma del dinamismo empleado. Y tan variado que es el íntimo aspecto de la meta, lo mismo lo es la ruta para alcanzarla. Y siempre se llega; porque es individual; y temprano o tarde, en algún estado y grado está la conclusión. Y ningún deseo, ningún esmero, amor o afán, ninguna pasión o inclinación particular cualquiera, ningún suceso terrenal es capaz de alterar la ruta o mover de su lugar el decisivo final. Pues moran en ello mismo capacidad e índole, que son, a su vez, la ciega fuerza motriz de tan complejo engranaje del inapartable Hado, de esta misteriosa picada a través de la maleza y sus trabas, y la cual, a no ser que deje al andante mortecino en algún paraje intermedio, lo lleva a la cumbre luminosa o, infaustamente, a la negra sima. Y todo, sin jamás variar, sin objetivo conocido.

Y ¿cuál es la meta en la obra del artista? Es un jardín en el último esplendor de la creación, y es un reservado destinado sólo a él. Se halla en alguna parte, en determinada, pero desconocida lejanía. La senda es sumamente áspera, más asaz atrayente y fascinadora, el andarla hasta su término es cumplir una misión nueva. A menudo se tuerce, cambia de rumbo sin decir dónde va, sube abruptas pendientes, de donde el espacio ofrece su infinita amplitud, y las imágenes, vibrantes bajo un fúlgido sol segador, confunden los sentidos. Mas luego, antes de llevar al caminante hacia una luz más suave, radiando suma armonía en templado ambiente, baja en profundo álveo sombrío, resbaladizo y obstaculizado por pedruscos. Y por doquier, quebradas con angostos puentes frágiles, difíciles de vencer, lo atraviesan.

Así, ya antes de alcanzar el misionero el reservado lugar en su pleno florecer, acá y allá coge de paso una pintorreada flor primaveral cual mojón en su trayecto. Y en aquellos momentos con creciente ánimo, el pecho henchido de esperanza, sigue y vence otros trechos. Y si alguna vez, después de haber pasado el abismo, alcanzara bajo el azul otoñal la colina despejada, y una suave luz prometedora emanara aún sus rayos cálidos del horizonte, entonces, con paso firme, ganaría la meta merecida. Descaradamente, a fondo desarraigaría todo el inculto monte, el cual, desvergonzado, había venido a tomar parte del sitio anhelado. Ahora solamente sembraría hermosas flores elegidas. Y a cada una, la dotaría de vislumbres de su desembarazada alma.

Mas ¡ay!: ¡cuán pocos vencen la quebrada última! Y ¿el jardín detrás de la colina? Todavía dista bastante. Y si lo alcanzara cansadísimo, ¿tendría vida fe y vigor suficientes para cultivarlo y darle el divino toque final?

San José de Costa Rica

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
Editor
En Costa Rica:
Susc. anual: ₡18.00

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBERO-AMERICANA

..."y concebí una federación de ideas."—E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—José Martí.

"Bárbaros, las ideas no se matan",—repitió Sarmiento.

Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar.

Exterior:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario cobrable en los EE. UU.

Entérese y ayude

Escribe *Alfredo* CARDONA PEÑA

(En el semanario *Vida Universitaria*, Monterrey, Nuevo León, México.)

Noticias que se han podido confirmar aseguran que "Repertorio Americano" (Cuadernos de cultura iberoamericana) está a punto de desaparecer por falta de estímulo concreto. Si esto llega a suceder, se clausurará casi medio siglo de historia literaria en América.

"Repertorio Americano", como se sabe, fue fundado hace treinta y cinco años por el maestro Joaquín García Monge en San José, República de Costa Rica, y desde entonces no ha dejado de salir cada semana, lo que supone un esfuerzo sin precedentes, considerando el medio en donde germina.

"Repertorio Americano" es la más antigua y más alta tribuna del pensamiento literario, artístico y político de nuestros pueblos, pues si bien existen otras publicaciones de mayor densidad o especialización, el carácter abierto y popular de sus páginas le hace merecer la divisa que hemos apuntado. El trabajo de don Joaquín consiste en recortar, con unas tijeras expertas lo más notable y selecto que se escribe en Occidente, y por eso uno de los viejos maestros costarricenses, que fue muchas Presidente de la República (don Ricardo Jiménez Oreamuno) decía que cuando García Monge muriera habría que levantarle un monumento consistente en unas tijeras de bronce.



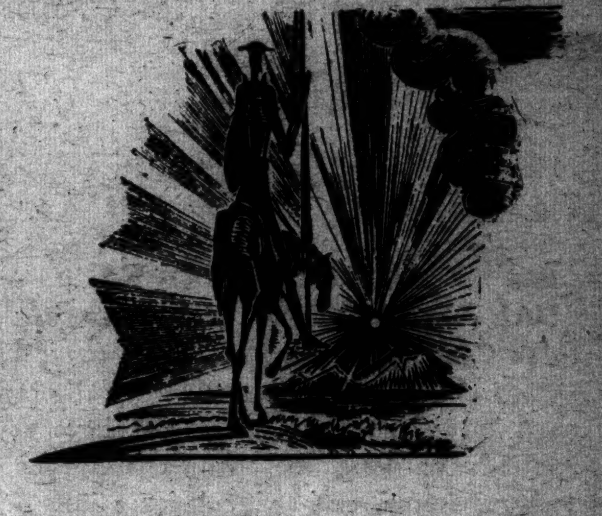
Acerca de la importancia que para la cultura supone "Repertorio" hablaron desde México los escritores más autorizados de Hispanoamérica, cuando don Jesús Silva Herzog, director de "Cuadernos Americanos", rindió un homenaje a García Monge, invitando para ello a la plana mayor de la inteligencia contemporánea. Ni una sola pluma de mérito, en la vasta porción que va del Bravo al Amazonas, dejó de mandar su colaboración para el homenaje, y todas coincidieron en afirmar, dentro de sus diversos estilos, que "Repertorio Americano" es en América una especie de milagro ya que se ha sostenido por la generosidad de su director y no por la publicidad ni por los anuncios, lo que es en nuestro tiempo un hecho insólito, difícil de creer.

En 1919 apareció el primer número de la revista, que por cierto ofrecía en su primera página un artículo inédito de Leopoldo Lugones titulado "Las Euménides", y el último lo recibiremos mañana o pasado mañana, lento y jadeante pero entero a pesar de sus años.

Ni una sola causa justa al servicio de la libertad, del hombre y de las instituciones democráticas del Continente ha dejado de encontrar en "Repertorio Americano" un defensor oportuno. De ahí que los únicos lugares en donde no pueda entrar sea en donde se sostiene un dictador, es decir, en muchas de nuestras Antillas mayores y menores, y algo más.

Hace algunos años, como se conociera en México la difícil situación por la que atravesaba García Monge para la edición de su hebdomadario, se movilizaron los amigos, encabezados por Alfonso Reyes, y como consecuencia de las gestiones realizadas se logró que el licenciado Ramón Beteta, entonces ministro de Hacienda, acordara una ayuda formal, la que fue reforzada por suscripciones del "Colegio de México", del "Fondo de Cultura Económica" y de otras editoriales e instituciones.

Ahora parece que el problema se ha agravado con la edad y la salud de García Monge, el cual desea publicar la revista "hasta lo último", como los buenos soldados, que no se rinden sino ante la muerte.



Leopoldo Lugones, Gabriela Mistral Enrique González Martínez, Rodó, Pablo Neruda y otros escritores notables cuando iniciaban o maduraban su obra hallaron en "Repertorio" el órgano providencial capaz de difundir su letras. Nuestro Alfonso Reyes publicó bajo el signo editorial de don Joaquín la primera edición de su "Visión de Anáhuac" y Antonio Mediz Bolio la primera edición del "Chilan Balam".

No es mi propósito entrar en detalles de mérito, ni hacer historia rigurosa. Sólo quiero llamar la atención a los hombres de buena voluntad, a las Universidades y casa editoras de México y países hermanos, para que ayuden en alguna forma a don Joaquín y pueda seguir apareciendo su tribuna de altas ideas. No es necesario movilizar una fortuna. Creo que con unos 100 o 200 dólares mensuales, que acordara alguna Universidad, se podría solucionar el asunto. Va en ello la gratitud de una época y sobre todo, la respuesta de nuestro tiempo a uno de los esfuerzos más puros, más desinteresados y más nobles que hayan ocurrido en nuestra modernidad de pueblos libres. Tienen la palabra los maestros, las Universidades y los jóvenes. Lanzo la iniciativa como avienta el gañán la semilla, seguro de que, a riesgo de las "sequías" que nos afligen, siempre hay una porción de nube y tierra generosa que sabe acoger lo que demanda la justicia.